

RESEÑA BIBLIOGRÁFICA

La herencia. Arqueología de la sucesión presidencial en México Jorge G. Castañeda México, Extra Alfaguara, 1999, 552 pp.

Víctor Alejandro Espinoza Valle*

En los últimos meses hemos sido testigos de uno de los grandes éxitos editoriales del año. No se trata de un *best seller sin* más. Me atrevo a pensar que los mayores lectores no somos los académicos tras las claves del año 2000. Es la extensa clase política nacional que busca afanosamente en cada página y en cada línea una clave, una señal o más bien una esperanza para seguir perpetuando el sistema político mexicano, tan prolífico en oportunidades laborales, y que les permita a estas alturas de la pelea no cambiar de profesión.

Esta nueva obra de Jorge G. Castañeda será de referencia obligada para todos los que tratamos de entender eso que llamamos “sistema político mexicano”: no sólo a los que buscan alguna oportunidad dentro del mismo o aquellos que aspiran a transformarlo, o a los que somos más modestos y nos conformamos con entender sus entrañas y recovecos por un interés primordialmente académico. En una reseña del libro colectivo *Los compromisos con la Nación*,¹ se discutían algunos de los temas que contiene *La herencia. Arqueología de la sucesión presidencial en México*, como la subtítulo Castañeda. Desde entonces han pasado muchas cosas, el país y sus circunstancias han cambiado, posiblemente no tanto como para permitimos afirmar que nuestra transición política es ya una realidad y con ella los temas centrales de nuestro libro en cuestión pertenecen al pasado.

Es indiscutible la importancia y la oportunidad del libro, sus múltiples ejemplares vendidos —y leídos— así lo atestiguan. Una de las cosas que más me

* Secretario general académico de El Colegio de la Frontera Norte e investigador del Departamento de Estudios de Administración Pública de la misma institución. Correo electrónico: victorae@colef.mx.

1 Víctor Alejandro Espinoza Valle, “Contra el estupor”, en *Nexos*, núm. 232, México, abril de 1997, pp. 84-86.

impresionan en lo particular es que después de su lectura mi visión del sistema político —presidencialista— no puede volver a ser la misma. No es un problema de retórica. Lo que digo es que a muchas de las teorías estructura-listas (si nos permitimos llamarlas así, y conste que no lo hago en la versión althusseriana sobre el presidencialismo mexicano), al menos o por decir lo menos, las vamos a tener que dejar archivadas. No nos sirven para entender con cabalidad cómo opera uno de los mecanismos esenciales del sistema: la sucesión presidencial y las sucesiones de menor rango (gobernadores, presidentes municipales, diputados, senadores, etc). Me preguntaba un amigo recientemente: ¿cómo se sentirá (otro amigo en común) de su reciente libro publicado sobre el tema después de leer a Jorge G. Castañeda? Castañeda propone dos métodos para leer su libro: la lectura tradicional, de principio a fin, o la alternada; confieso que no seguí ninguna de las dos. Tenía una urgencia por conocer al que yo suponía el gran Maquiavelo de Palacio:

Carlos Salinas de Gortari. Después me fui a la inversa: indague en la sucesión de Miguel de la Madrid, luego en la de José López Portillo y por último en el verdadero florentino: Luis Echeverría Álvarez. Todos ofrecen su versión en el sentido literal de la palabra: tratando de salvar su lugar en esa historia de bronce de la ya clásica definición de Luis González y González. Castañeda le da la voz a cuatro ex presidentes, en una primera parte, para posteriormente concedérselas a los otros protagonistas: “los perdedores”, en esta trágica, terrible historia de batallas, intrigas y golpes subterráneos donde todo es posible, y hasta diría se vale, con tal de llegar a ser el elegido, y donde la muerte también puede llegar a ser parte importante de ese “todo se vale”. Pero el autor no sólo da la palabra a victoriosos y vencidos. “Existe una tercera voz en el libro: la de un autor. Que, si bien no retoma al pie de la letra ninguna de las dos primeras(..), alimenta su perspectiva a partir de ambas y de su propio análisis. Es inevitable que las debilidades, los prejuicios, las preferencias ideológicas, políticas y sentimentales del autor se transmitan al texto; es obvio también que impera en el texto una simpatía natural por los perdedores, no sólo por inclinación personal, sino por una causa política. Los ganadores tuvieron el poder, e hicieron con él cosas buenas y malas, y nadie puede pasar por alto las segundas: forman parte de la historia de México. Los perdedores acariciaron el poder, lo vieron pasar por su ventana —como Hegel al ‘espíritu del siglo a caballo’, cuando entró Napoleón a Jena—, pero no lo poseyeron. Por

ende, a pesar de sus contribuciones innegables al avance del país, y de su responsabilidad inesquivable por los diversos desastres que nos han azotado, el juicio sobre los perdedores pertenece parcialmente al ámbito de la imaginación” (p. 17).

El lector va constatando paso a paso, entre líneas a veces y en otras con todo el cinismo del poder, que este poder presidencial es omnímodo, omnipotente y por lo mismo cegador, cruel, despótico. Nada está por encima de él, lo puede todo y por ello es difícil aceptar transferirlo: los planes transexenales de Luis Echeverría y Salinas de Gortari así lo revelan. Así, por la forma como se confiere, al final el “gran solitario del palacio”, para parafrasear la novela clásica, es el mismo presidente. Es tal el poder que está en juego y los peligros que lo acechan, que el ungido no puede permitirse ni siquiera una indiscreción en la pasión de la alcoba o en el seno familiar. Al menos Echeverría y Miguel de la Madrid fueron muy claros: María Esther se enteró de la designación de su marido cuando éste le dijo: “Viste a los niños de charros”, y ella pregunta simplemente: “¿Ya, Luis?” “Ya, compañera”.

Existen vanos conceptos que son parte inseparable de nuestra tradicional sucesión presidencial: *dedazo*, *destape*, *tapado* y *cargada*. Es difícil definir una fecha apropiada de inicio de tan mexicanísima tradición, aunque José López Portillo afirma —y vaticina— que “el momento en que nace la capucha es en el régimen de Díaz Ordaz (...) y se va a caer en el régimen de Zedillo, ¿verdad?”(p. 115). Siempre he sostenido que las anteriores prácticas mexicanas están tan arraigadas en nuestra cultura política, que desterrarlas llevará más tiempo que el cambio de reglas en la postulación de candidatos. Un ejemplo de ello es que, pese a las declaraciones priístas de que ahora sí hay reglas y se respetarán, el día que destaparon a José Antonio González Fernández como máximo dirigente del tricolor, ante unos priístas sorprendidos en el auditorio del consejo político, una persona mencionó que el bueno era “Pepe”, de inmediato se suspendió la reunión y, hacia las 9 de la noche, milagrosamente llegaban a su casa a reiterarle su apoyo (esta información me la proporcionó un prominente miembro del nuevo equipo democratizador). Quizá aquí podríamos justificar que para entonces todavía no se establecían las reglas.

Jorge G. Castañeda no se queda en la descripción de lo que han sido las sucesiones presidenciales desde 1970 a la fecha. Aunque trata de deslindarse de una posible teoría de las sucesiones,

presenta para mi gusto una bien fundamentada hipótesis sucesoria; él la denomina una tipología binaria. Así, en las sucesiones analizadas habría las llamadas “por destapes anticipados” (es decir, por elección o decisión) y los “destapes por descarte” o por eliminaciones o aproximaciones sucesivas.

Las sucesiones por destapes anticipados fueron realizadas por Echeverría, Miguel de la Madrid y Carlos Salinas de Gortari. Casi desde el inicio de su gobierno empezaron a preparar y lanzar a sus candidatos (José López Portillo, Carlos Salinas y Luis Donado Colosio). Sin embargo, en una feria de engaños y señales para abrir el abanico y evitar desgastar al elegido, el presidente juega con los precandidatos, los anima, les da falsas señales, guiños que no son tales. Es el simple y puro maquiavelismo de palacio. Aparentemente, tiene una virtud esta vertiente: no se destruyen entre sí los candidatos, a pesar de los golpes bajos. Como dice el autor: “la gran desventaja de la sucesión anticipada radica en su indefectible recurso al engaño: para impedir que el candidato preseleccionado sea devorado por sus rivales, por la prensa o por los enemigos del régimen, es preciso que figuren vanos competidores en la contienda” (p. 463). Hay, sin embargo, una luz, una señal a veces imperceptible: los precandidatos saben a quién van a ungir y evitan la carnicería. El ejemplo más impresionante y dramático es el de Mario Moya Falencia, quien supo que el bueno para Echeverría era José López Portillo y no él o Porfirio Muñoz Ledo. Igual sucedió con Miguel de la Madrid, cuando el presidente inventa lo de la pasarela de los seis precandidatos: dos de relleno (Miguel González Avelar y Ramón Aguirre) más Manuel Bartielt, Alfredo del Mazo, Sergio García Ramírez y Carlos Salinas. El último ejemplo de destape anticipado es el que lleva a cabo Carlos Salinas: sus precandidatos fueron Pedro Aspe, Manuel Camacho y Luis Donaldo Colosio. Este método de selección permite pensar al presidente saliente que habrá gratitud por parte del ungido, cuando no la posibilidad de conservar áreas de influencia y de poder. De ahí la terrible congoja del ex presidente, Carlos Salinas de Gortari, pasmado con su sucesor:

no sólo mantuvo una imagen como el resto de los ex presidentes sino que tuvo que salir al exilio. Zedillo rompió hasta con esas formas: extremó una de las máximas divisas presidenciales: “romper para estabilizar”. Tal vez desde el exilio de Plutarco Elías Calles en los años treinta, cuando asume la presidencia Cárdenas, no habíamos vivido esa experiencia.

En el caso de las sucesiones por descarte, o por eliminación o por aproximaciones sucesivas, son dos los presidentes que adoptan tal estrategia: Gustavo Díaz Ordaz y José López Portillo. Quizá el problema de origen sea el que dichos presidentes asumieron el cargo sin un equipo de trabajo organizado; al menos en el caso de López Portillo, ello queda muy claro. De ahí su única alternativa: al final nombra al único que le quedaba. Así lo dice el autor inmejorablemente: “Tal vez porque José López Portillo cobró conciencia poco a poco del costo de colocar a un compañero de juventud en Los Pinos, desistió de intentarlo. O quizá, y más probablemente, fue perdiendo a sus candidatos amigos en el camino, y al final acabó como Díaz Ordaz: designando a un candidato cuya fortaleza consistía en ser la única carta posible y restante; todos los restantes ya habían sido descartados por otros motivos. Otra similitud con ese antecedente es cómo la sensación de engaño permeó todo el proceso” (p. 385). En esta misma tipología parece el autor colocar también el “destape videotécnico” de Zedillo en 1994.

Recordemos brevemente los nombres de los descartados en las sucesiones aludidas.

En 1970 los gallos eran:

Emilio Martínez Manautou (secretario de Presidencia), Alfonso Corona del Rosal (regente de la ciudad de México) y Luis Echeverría Álvarez (secretario de Gobernación). En 1982, los posibles eran Pedro Ojeda Paullada, Jorge de la Vega Domínguez, David Ibarra, Jorge Díaz Serrano, Javier García Paniagua y Miguel de la Madrid Hurtado. En las decisiones por descarte, el que más sufre posteriormente por el rompimiento es justamente el sucedido. El vencedor cree que lo es por méritos propios y no debido a los favores del presidente. Díaz Ordaz se lo dice claramente a Javier García Paniagua, entonces presidente nacional del PRI: “¿Cómo va tu pinche candidato?”, y comenta que diariamente al verse en el espejo se confiesa arrepentido de haberlo nombrado. En el caso de López Portillo, en reciente entrevista en la revista *Proceso*,² ante la pregunta del reportero: “¿Siente que De la Madrid se le pasó la mano cuando le aplicó a usted esa regla —romper para estabilizar—?” “Pues ya que usted lo dice”, en sus propias palabras. En el caso de la sucesión híbrida de Zedillo, pregunto, ¿se le habrá pasado la mano con SG (que no Sergio García Ramírez)?

En síntesis, “ganar una contienda por descarte constituye una hazaña de

2 Antonio Jáquez, “Zedillo renunció a la obligación de designar a su sucesor y ahora todas las reglas se desconocen: José López Portillo”, en *Proceso*, núm. 1174, México, 2 de mayo de 1999, pp. 6-10.

sobrevivencia y suerte; recorrer indemne el trayecto entero de una sucesión anticipada constituye una proeza de disciplina y ambición” (p. 472). La sucesión es tragedia y lotería;

triumfos y derrotas que pueden destruir físicamente a los protagonistas. Este drama no es registrado por las grandes teorías. Detrás de ellas hay hombres y mujeres de carne y hueso;

por ello muchas decisiones definitivas no se deben a condiciones estructurales sino simple y llanamente a pasiones o a las percepciones de los actores. De ahí la fragilidad y la tragedia del sistema sucesorio. El magnífico sociólogo italiano Francesco Alberoni nos ha recordado que los imperios han sucumbido por esa bella y trágica revolución de dos personas: el enamoramiento.³ No estamos exentos de esas historias que aún no han acabado con nuestro país, pero que han estado muy cerca de cambiar su historia. Por ejemplo, Mano Moya Falencia no obtuvo la candidatura en 1975 o “perdió porque tuvo demasiada fuerza” (p. 363). O porque, como sucedió en el desfile del 20 de noviembre de 1974: “Al entrar al Zócalo por la avenida del mismo nombre el contingente de Gobernación, el Presidente lo divisó como si lo esperara, afiló la mirada y, casi cerrando los ojos, enfocó a Marcela Ibáñez. Sabía que a la cabeza de los de Bucareli figuraba la esposa del titular, vestida de bastonera. Según (Francisco Javier) Alejo, el gesto de Echeverría lo decía todo: ‘Esto no puede ser’” (p. 358). Y qué decir del *affaire* López Portillo-Rosa Luz Alegría, la guapa ex nuera de Luis Echeverría: “Por un dejo de celos de suegro y protector, por una pizca de envidia varonil —los encantos de Rosa Luz Alegría eran ya legendarios— y por un primer impacto de ofensa personal: ¿cómo su amigo de juventud podía empujar el descaro y la frivolidad a esos límites, de seducir a la ex esposa, separada pero no divorciada, de su hijo?(...) López Portillo revela así una extraña veta de carácter: pone en peligro su candidatura, o en todo caso su relación con el Presidente, por una mujer” (p. 376). Y ya no resistiendo el tema y a manera de nota de pie de página: el pleito o animadversión de Jesús Reyes Heróles- contra Echeverría, según López Portillo, fue “por la imagen de éxito con las mujeres que tenía Luis (en sus años de estudiante universitario)” (p. 122).

Este libro nos narra las fortalezas y las grandes debilidades de nuestro sistema político, sobre todo en el capítulo sucesorio: momento de mayor tensión y peligro para todos los mexicanos. Estos riesgos se han veni-

3 Francesco Alberoni, *Enamoramiento y amor. Nacimiento y desarrollo de una impetuosa y creativa fuerza revolucionaria*, 4a. ed., trad. de Juana Bignozzi, Barcelona, Gedisa Editorial (Colección Libertad y Cambio), 1992.

do incrementando. Roguemos a todos los dioses que para la sucesión que está por venir no se cumpla la alegoría de Tito Monterroso: “Cuando despertó, el *dedo* todavía estaba allí”,⁴ y sí los augurios de Carlos

4 Augusto Monterroso “Cuando despertó, el dinosaurio todavía estaba allí”, en Obras completas (y otros cuentos). La oveja negra, México, Joaquín Mortiz/ Secretaría de Educación Pública (Segunda Serie, Lecturas Mexicanas 32), 1986, p. 169

5 Carlos Fuentes, “Maquiavelo en palacio”, en Nexos, núm. 257, México, mayo de 1999, p. 38